

diciendo: «Que ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y cuyo nombre es santo.» Así, al acabar los Laudes del Oficio de nuestra Señora, como compendiando todas sus alabanzas, sacadas en sus cinco antifonas de este sagrado Cántico, llenos de amor, henchido el pecho de entusiasmo, radiante de gozo nuestra frente y palpitando de emoción nuestro corazón, unidos con los ángeles del cielo y con todas las almas devotas que recitan su Oficio, digámosle embelesados: «*Speciosa facta es et suavis in deliciis tuis Sancta Deigenitrix.*»

VERSO 7.

*Tu estatura asemejada es  
á la palma y tus pechos á los racimos.*

A esta estatura le dan muchas significaciones: tu *indole*, tu *juventud* y *edad florida*, tu *levantar* ó tu *resucitar*, es semejante á la palma: eres alta y majestuosa como ella, y tus pechos como los ra-

cimos de dátiles que la palma produce. Se cree que nuestra amada Madre era de alta estatura, de una dignidad y de una majestad inconcebibles; y así, escribió San Dionisio, aquel sabio areopagita convertido por San Pablo, que de tal modo se llenó de estupor al mirar la majestad de la Virgen María (á quien visitó estando aun viva), que si la fe no le hubiese enseñado que hay un solo Dios, la habría adorado como á Diosa. La Bienaventurada Virgen, dice un doctor, fué humilde por de fuera, como la corteza de la palma; mas fué firme como ella por el vigor de su ánimo, levantada de su trono por la alteza de sus pensamientos, hermosa en su copa por la excelsitud de su virginidad; deleitable en su flor, pues produjo al que es flor del campo; dulcísima en su fruto, pues sin dolor dió á luz al fruto de su vientre, y cual racimos de la misma palma sus pechos, porque henchidos de néctar por Dios mismo, alimentaron al Hijo de sus entrañas.

Mas como siempre en nuestra Madre andan mezclados los dolores con los gozos, también se entiende por la palma

el árbol de la cruz; y la estatura de María era semejante á la palma, cuando ella estaba de pié junto al madero; y su pecho era un racimo henchido de dolor y de amargura. Y por eso se sigue hablando del subir á la cruz para coger los frutos de este árbol de vida.

VERSO 8.

*Dije: Subiré á la palma,  
y asiré los frutos de ella; y serán  
tus pechos como racimos de viña,  
y el olor de tu boca como de manzanas.*

Mucho han dicho los doctores acerca de esta subida á la palma. Este árbol significa la oración y contemplación, y también la perfección cristiana; y así, el propósito que muestra aquí el alma de subir á la palma, significa el deseo de llegar á la altura de la contemplación para coger sus admirables frutos, que como explica el Padre de la Puente en su «Guía espiritual», son muchos y muy preciosos,

en especial el celo por la conversión de las almas. La palma tiene muy áspera la corteza, y las hojas que se le van cayendo, van dejando en el tronco unas protuberancias en forma de escalones, por donde trepan los cultivadores haciendo uso de piés y manos, hasta llegar á coger los dátiles, que á manera de racimos cuelgan en la altura. El camino de la oración y de las virtudes es áspero y difícil; pero el Salmista dice que el justo va disponiendo gradas ó escalones en su corazón mientras está en este valle de lágrimas; y por esos escalones va subiendo poco á poco á la palma, aunque se desgare las manos y los piés con su aspereza, y éstos son los que caminan por la abnegación, y la penitencia, y la mortificación, y la cruz. Otras almas tiemblan ante el espeso tronco, y queriendo subir, arriman una escala contra la palma para hacerlo más fácilmente, aunque luego caen de la escala ó cae la escala con todo y ellos; y así subir por el tronco es mucho más seguro, aunque más doloroso. Y es de notar que hay tres tramos principales en esta escala, ó sean tres grados en el ejercicio

de las virtudes, como explican los místicos. Al principio se practican con dificultad; las pasiones se rebelan, recalci- tra la naturaleza, y hay necesidad de un combate constante; en seguida va disminuyéndose poco á poco la dificultad; la luz de la gracia va alumbrando más y más al alma, y con su claridad le muestra el camino y le ayuda á marchar por él; y esto va pasando naturalmente por varios grados. A lo último, y después de un largo ejercicio en el último tramo de la escala, ya el ejercicio de la virtud se facilita y aun llega á ser gustoso y deleitable: esto es estar ya en la copa de la palma, y pronto y dispuesto á asir sus frutos. El primer tramo se llama la vía purgativa, porque en ella hay que purificarse de las pasiones y pecados; el segundo se llama vía iluminativa, por la luz que la alumbrá; y el último tramo es la vía unitiva, en la que la alma se une con Dios y coge los frutos de la palma, esto es, los preciosos frutos del árbol de la cruz; porque como dijimos en el verso anterior, la palma, alta, recta, áspera, cargada de dulce fruto, indica la aspe-

reza, la rectitud y la altura de la santa cruz, cargada con el fruto dulcísimo de Jesucristo Redentor.

Notaremos aquí que, algunos santos, entre otros San Gregorio, San Beda y San Anselmo, creen que el mismo Jesucristo es quien dice aquí: «subiré á la palma», esto es, al árbol de la cruz, y piensa San Bernardo y San Buenaventura, que ya clavada la cruz en la peña, fué levantado el Señor con escalas para ser crucificado, lo que era de mayor terror, suplicio é ignominia. Pero otros santos, como San Lorenzo Justiniano y San Antonio de Padua, con el común de los fieles, creen que el Señor fué crucificado con la cruz tendida en tierra. Y bien cierto es que de todos modos puede decirse que el Señor ascendió á la palma, pues aunque enclavado en el suelo, fué levantado en los aires con todo y la cruz. Y así le hace decir un doctor: «La estatura de tu perseverancia fué asemejada á la palma de la victoria, porque yo subí á la palma cuando estuve en la cruz, y todo lo atraje á mí. *Dije*, esto es, firmemente dispuse delante de mi Padre y

antes de todos los siglos, que *subiré la palma*, esto es, á la cruz, y venceré al tirano, y entonces *asiré sus frutos*, que son todos los escogidos, y vencido el tirano, traeré hacia mí á los fugitivos.»

Jesucristo, en este verso, invita á su santísima Madre á subir con él al Calvario, y aun á la cruz, lo que hizo con ánimo esforzado y con mayor fe que la de Abrahan cuando iba á inmolar á su hijo; y entonces sus *pechos fueron como racimos de viña*, porque comenzó desde Pentecostés á revelar á San Lucas, que los escribió, y á los demás fieles, los secretos misterios de la concepción, natividad, visitación, presentación, y demás de Jesús; y *su boca derramó el aroma de las manzanas*, porque en sus palabras no sólo había la santa delectación y la suave salubridad, sino también la vital refección que de su boca recibía la Iglesia primitiva, la que todo lo trasmitió por palabra ó por escrito á la posteridad, y así se esparció por todos los confines de la tierra y al través de todos los siglos, el suavísimo olor de la boca de nuestra Madre muy amada.

## VERSO 9.

*Tu garganta como vino excelente, digno  
para mi Amado de beber,  
para sus labios y dientes de rumiar.*

Pues que se ha hablado de racimos de la viña, se habla aquí del vino que de ellos resulta, del cual se dice que es muy bueno y exquisito, y como tal, muy digno del Esposo, y aun de rumiarlo con los dientes. He aquí cómo lo explica el Abad Guillermo: «En verdad que en las alabanzas de mi Amado, mi garganta es como vino muy puro: porque cuanto amo, otro tanto alabo, y según la medida de la dilección, así es el modo de mis alabanzas»; y esto, tanto en lo próspero como en lo adverso, pues cuando estaba María al pié de la cruz, resignada en las manos de Dios, y admirando su inmenso amor para con los hombres y la rendida obediencia de Cristo, todo lo alababa con afectos de su alma.

Otro doctor dice, que la garganta de

la Virgen, es su doctrina, con la que enseñó que Dios exalta á los humildes y humilla á los soberbios, pues dijo en su Cántico: «Depuso de su silla á los poderosos, y exaltó á los humildes.» También y muy bien, por la garganta de nuestra Madre María, se puede entender su voz que en la garganta se forma, esto es, sus preces y oraciones al Señor; y como nada pide que no sea bueno, santo y pío, por eso son como un vino excelente, el que su divino Hijo no sólo lo bebe, sino que lo rumia; esto es, lo admite y se deleita. Veamos cómo el mismo Jesucristo, en las Revelaciones de Santa Brígida, describe místicamente la boca y garganta de su santísima Madre: «Tu boca fué como lámpara que arde por dentro y alumbraba por fuera, porque las palabras y afectos de tu alma, fueron interiormente ardorosas, y exteriormente resplandecieron por la laudable disposición de tus movimientos corporales y la bellísima armonía de tus virtudes. Y en verdad, Madre carísima, la palabra de tu boca en cierto modo atrajo á tí mi divinidad, y el fervor de tu divina dulzura

jamás me separará de tí, porque tus palabras son más dulces que la miel y el panal.»

VERSO IO

*Yo para mi Amado y para mi la vuelta  
de El.*

VERSO II

*Ven, Amado mío, salgamos al campo,  
moremos en las granjas.*

En el hebreo se dice: «Yo soy de mi Amado, y para mí es su deseo, ó para mí son sus ansias; es decir, yo le amo á él sólo, y soy toda suya; y El vuelve á mí su mirada, sus deseos, su amor y sus cuidados, para guardarme y regalarme.» Y nota San Ambrosio, que tres veces se repite en este sagrado Cántico esta frase, según los tres Estados del alma: principiante, proficiente y perfecta. La primera vez se le dice esta palabra,

añadiendo que hasta que se inclinen las sombras; porque al principio, el alma está como á la sombra, y esto es en el verso 16 del capítulo segundo. En otra vez en el capítulo VI, se le dice, sin hablar ya de sombras, porque más clara luz la alumbrá; y ahora, que es la tercera vez, ya llegada á la perfección, presta descanso al verbo, convidándolo á que vuelva hacia Ella, y recline su cabeza, y tome algún descanso; y como ya en posesión del que antes no encontraba, invítale á su campo, diciendo: «Ven, mi hermano, vamos al campo, y descansenmos en los castillos.» Hasta aquí San Ambrosio.

Á varias santas ha dicho el Señor estas regaladas palabras; á Santa Teresa le dijo: «Ya desde hoy tú eres mía y yo soy tuyo.» Y en otra vez le habló de esta suerte: «Tú serás mi esposa, y de hoy en adelante tú celarás mi honor, este será el tuyo y el tuyo será el mío.» Y en otra ocasión le hizo esta regalada promesa y donación: «Porque estás conmigo desposada, todo cuanto tengo es tuyo, y así te doy todos los dolores y

trabajos que padecí, y por ellos, como por cosa propia, pídele á mi Padre cuanto quieras, y te será concedido.» Ahora bien; si tal hace el Señor con sus simples siervas, ¿qué no haría con su Madre Inmaculada? Si á Santa Teresa le decía tan regaladas palabras, que no se atreve la santa ni á escribirlas; si cuando estaba desganada le daba Jesús por su mano bocaditos en la boca: sí; una vez llegó á decirle, que «de no haber criado ya los cielos, sólo por Ella los criaría.» ¿Qué frases tan encendidas! ¡qué caricias tan regaladas! ¡qué atenciones tan delicadas y tan finas no diría, y haría y tendría con su única Paloma, con su perfecta y dilectísima Esposa! ¡Oh! no hay lengua que pueda expresarlo, ni inteligencia que alcance á concebirlo!

En cuanto al convite que hace la Virgen á su Amado para salir al campo y morar en las granjas, indica el celo encendido de Nuestra Señora por la salvación de las almas de los rústicos y campesinos. Como una muestra de este celo, diremos brevemente que pidiendo la Beata Ursula Benincasa, con lágrimas y sus-

piros, algún remedio para la conversión de los pecadores, vió una vez á la Virgen Santísima que le traía el remedio anhelado. Miraba cómo iba sacando de su pecho la Virgen María, unos cuadros color de cielo, y dándolos á muchos ángeles que la rodeaban, estos volaban por las ciudades y los campos, y los iban dejando caer como una lluvia por todas partes. Y este es el célebre Escapulario azul de la Inmaculada Concepción, agraciado con muchas indulgencias, y la de la muerte, y que al imponerlo se dice que es «para pedir por la reformación de las malas costumbres de los hombres», y que para eso fué instituido. Este deben de portar todos los devotos de María, y en particular las Hijas de su Concepción Inmaculada, pues tiene indulgencias para los días sábados, y rezando seis Padres nuestros y seis Ave Marías, las que lo llevan, ó sea lo que llamamos una estación, lucran todas las indulgencias de los Terceros de San Francisco, que son crecidísimas. Todo esto concedió el santo Pontífice Pío IX con motivo de la Declaración dogmáti-

ca de la Inmaculada Concepción de María.

Parécenos que nuestra Reina y Madre, ha dicho: «Salgamos al campo, Ministros del Señor; moremos en las aldeas y en los pueblos pequeños, estableciendo en ellos mi Asociación.» Y en efecto, por toda nuestra República maravillosamente se ha extendido. Hay un pueblecillo llamado Bucareli: es como un nido de tórtolas y alondras suspendido en un profundo valle, rodeado por ásperas y abruptas montañas; situado en la Diócesis de Querétaro, lejos de los caminos frecuentados, está como ignorado, y no llegan allí los ruidos de la política y de los mundanos negocios; sus habitantes, de la raza indígena, castos y sencillos, viven en gran pobreza. Hay allí un antiguo convento de San Francisco, que por su lejanía no ha caído en las garras de la revolución, y en él se anidan algunos fervientes hijos del Seráfico patriarca. Uno de ellos, educado en Roma, en el Convento de San Antonio, lleno de celo llegó á ese asilo, y pudo establecer la amada Asociación: Manuales de me-

dio uso, medallas y cintas, y aun blancas vestiduras le fueron ministradas por una grande Asociación, y aquellas pobres indiecitas, llenas de gozo, son hoy ya hijas de la Concepción Inmaculada. Parece que nuestra Madre dijo á sus ángeles en el cielo, y á sus ministros en la tierra: «Salgamos al campo y moremos en las granjas: Vamos á Bucareli: lleguemos á ese valle; aunque de difícil acceso; moremos en las granjas de esos agrestes, pero sencillos corazones.» Digamos nosotros, como cantan sus Hijas:

¡Oh, cuán buena eres, María;  
 Son tus ojos de paloma,  
 Y por ellos, solo asoma  
 Misericordia y amor!

Y añadamos:

Sales al campo, ¡oh mi Madre!  
 Tras de pobres ovejuelas,  
 Las recibes y consuelas,  
 E Hijas tuyas hoy ya son.

VERSO 12.

*Levantémonos de mañana á las viñas;  
 veamos si floreció la viña,  
 si producen fruto las flores, si están en  
 flor los granados:  
 allí te daré mis pechos.*

Es la Esposa la que aquí habla, como contestando á la alabanza que acaban de darle sus compañeras. Parece que parte se dirige á ellas, convidándola á levantarse de mañana, y al final del verso habla con el Esposo; ó bien dirige á éste todas sus palabras. Por lo demás, varias veces hemos dicho por el campo, por el huerto, y por las viñas, se entiende en el Cántico el alma y el corazón de la Virgen María: por las flores, sus afectos; por las plantas aromáticas, sus ejemplos, y por los frutos, sus virtudes. Por la mañana, pues, significa aquí la gracia preveniente por la cual el alma es llamada de las tinieblas de la ignorancia y de la culpa, á la admirable luz de la religión y de la fe;



y por la flor de la viña se entiende esta misma fe, por las flores que dan fruto, la confesión de la boca, y por las flores de granado, la sangre del martirio. Así lo explica un doctor. Mas, como muchas veces hemos notado, donde se trata de tinieblas, de ignorancia, de culpas ó defectos, no puede tratarse de nuestra muy amada Madre toda pura é inmaculada.

Aquí se significa, pues, que Ella visita á las almas de sus siervos y aun á las iglesias para que produzcan frutos de virtudes: La viña en flor significa las almas principiantes que sólo tienen la flor de los buenos deseos, pero no las obras, ni el vino generoso del amor; las flores próximas á dar fruto, son las almas proficientes, que van aprovechando en las virtudes y ya están muy próximas á dar sus frutos; las flores rojas de los granados son las almas que van llegando ó han llegado á la perfección, las cuales arden en deseos de derramar su sangre por Jesucristo crucificado. Y como María alimentó con sus pechos á su divino Hijo, así alimentará y nutrirá místicamente á las almas de todos sus hijos adoptivo

cuando los visite con su maternal protección; y dice que dará su seno al Esposo y no á ellos, porque la santísima Virgen todo lo dirige á su Jesús, y en todos y cada uno de ellos mira á su Jesús, y así á El da su seno cuando á sus hijos alimenta.

VERSO 13.

*Las mandrágoras han dado olor.  
En nuestras puertas están todas las frutas:  
las nuevas y las añejas,  
amado mío, he guardado para tí.*

Esas mandrágoras de que aquí se habla, son ciertas yerbas que se creía eran provechosas contra la esterilidad; aunque otros traducen *lirios, higos ó violetas*. Significan la inmensa fecundidad de nuestra Señora, Madre de todos los hombres; y como son muy olorosas, representan la buena fama de los santos y los ejemplos de virtudes que nos han dejado. Las puertas son los sentidos del cuerpo y las potencias del alma, en las cuales se en-

cuentran las frutas de sus santas acciones, las añejas y las nuevas, es decir, las de la vida pasada practicadas ya en el servicio divino, y las de la vida presente, renovadas por el fervor y más maduras y sustanciosas; y todas se guardan para el Amado, porque no se hacen con fines humanos, sino por servir y amar á Jesucristo, no buscando premio de ellas en esta vida, sino guardándolas para las eternas recompensas.

En la santísima Virgen, las mandrágoras, de virtud tónica y soporífica, significan la paz y quietud de su contemplación, que siempre exhaló un aroma purísimo; las frutas nuevas y antiguas, indican sus actos practicados en cumplimiento de la ley antigua y de la nueva, pues ambas las observó perfectamente, y estaban patentes en las puertas de sus potencias y sentidos, para ofrecerlas y darlas á su amado. Y también estas frutas, nuevas y viejas, esto es, primeras y últimas, son los misterios de la divinidad y humanidad de Jesucristo, que Ella no sólo había visto, sino que había tomado en ellos gloriosa parte, y todos ellos, la primera como

la Encarnación, Natividad y Circuncisión, y los últimos como la Pasión, Resurrección y Ascensión, todos los guardaba en su purísimo corazón para su Amado, para el cual estaban patentes en las puertas de su alma.

*Voz de la Madre á las Hijas de María  
Inmaculada.*

Combatiendo siempre, hijas mías, pero siempre cantando mis alabanzas, seréis, en vuestras varias Asociaciones, como coros de escuadrones: coros de alegría para vuestra Madre; escuadrones de terror para los demonios. Vuestras rodillas serán como joyas, si las sabéis tener dobladas durante mi Rosario, y quietas y fijas en el templo; por vuestros pensamientos, firmes y formales, con vuestros afectos castos y puros, seréis como montones de trigo cercado de lirios. Vuestro pecho encendido en el amor de Dios, vuestro cuello como torre de fortaleza y de pudor; vuestros ojos como lagos de

aguas transparentes en que mi Hijo se mire; vuestra nariz llena de discreción para oler á lo lejos los peligros y evitarlos; vuestra cabeza y cabellos con vuestros pensamientos levantados al cielo; todo esto hará á mi Jesús alabar vuestra hermosura, y llenará de delicias su Corazón, que tanto os ama. Y pues yo soy la palma de Cades, y mis frutos como racimos deliciosos, haced, hijas mías, por subir á esta palma y cogerlos y saborearlos; y no sólo son frutos míos las virtudes, sino también los medios y signos que he traído desde el cielo para regalar y nutrir á las almas. Fruto mío y muy sustancioso, es el santísimo Rosario; no lo dejéis jamás, mis queridas hijas: en él hallaréis las flores de la viña en los misterios gozosos; y las flores encarnadas del granado, en los dolorosos, y en las puertas del cielo las gloriosas manzanas y frutos guardados para el Amado. También subid á la palma á coger mi hábito virginal, el santo Escapulario del Carmen que dí á mi hijo Simón, y que sabéis libra del fuego eterno y abrevia mucho el del purgatorio; pero no olvidéis que pide

castidad y pureza; sin ellas no hay derecho á mis promesas. Coged de la palma el Escapulario azul de mi Concepción Inmaculada; por dentro llevaréis en él mi color de cielo, como lo llevais por fuera en vuestra cinta. Recoged del árbol de la palma, que es la santa cruz, el Escapulario de luto de mis dolores, para que siempre los recordéis y meditéis, teniendo su signo sobre vuestro corazón. Y pensad, hijas mías, que con el azul, como que revestís los misterios de gozo, pues en mi Concepción los preparó el Señor; y con el de mis dolores, os unís con los misterios de la Pasión; y con el Carmelita, que libra del infierno, participaréis el fruto de los misterios gloriosos. También coged el fruto del rojo Escapulario de la Pasión, y el blanco de mi título de Madre del Buen Consejo, poco ha instituído y agraciado por el representante de mi Hijo en la tierra; en él se pone esta frase de la Escritura: «Hijo, condesciende con mis consejos.» Y esto mismo os digo ahora á vosotras: «Hijas mías, condescended con mis consejos, imitad mis virtudes, seguid tras de mis huellas; que en

las puertas del cielo, las nuevas y las antiguas manzanas, os aguardan: vuestras primeras y últimas buenas obras, que guardadas para nuestro Amado Jesús, El, en la gloria, os las recompensará.

Sí; sed fieles hasta la muerte, y recibiréis la corona de vida!»

*Voz de las hijas.*

Madre mía, tu voz escuchamos,  
A la palma feliz subiremos,  
Tus preciosas virtudes amamos  
Y tus dulces consejos oiremos:  
Ya tus signos graciosos llevamos,  
Negro, azul, del Carmelo, tenemos,  
No sabíamos del blanco, oh María!  
Buscarémosle, sí, Madre mía!



CAPITULO VIII

Hallarlo afuera.—Su izquierda y su derecha.  
— Sueño respetado.—Rebosando en delicias.—El árbol del manzano.—Doble sello.  
—La muerte y el infierno.—Las aguas y los ríos.—La hermana impúber.—Muro ó puerta.—La torre y la paz.—La viña del Pacífico.—La de la Esposa.—Los amigos escuchan.—Fuga á los montes de los aromas.—Voz de María.—Himno á la Virgen Inmaculada sacado del Cántico.

VERSO I.

¿Quién te me dará á tí, hermano mio,  
alimentándote á los pechos de mi madre,  
que te halle fuera, y te bese,  
y ya nadie me desprecie?